

geniales, sino en la fidelidad, en el heroísmo con que se cumple la propia obligación, sea excelsa o insignificante a los ojos de los demás.

El insigne autor de *Pequeñeces* nos ha descrito con pluma maestra aquellas «curiosas escenas íntimas del hogar doméstico, que parecerán inverosímiles a los que sólo conocen la parte oficial de los grandes personajes y que debieran esculpirse cual bajorrelieves en los pedestales que levantan el vulgo y la opinión a muchos de los prototipos sociales que brillan en las academias y congresos, estrados y salones»:

Si cada una de las que consideramos personalidades relevantes tuviera una especie de columna trajana en la que se hallasen esculpidos los fundamentales acontecimientos de su vida, es muy posible que muchas de las más altas empresas las viéramos sostenidas en un pilar labrado con demasiadas representaciones despreciables.

En el caso de Ferrini el resultado sería muy otro. Sus grandes realizaciones, su colosal obra de investigador, su paso ejemplar por la vida política, están asentados sobre una columna de verdadera orfebrería donde los hechos minúsculos son admirables y donde todos ellos se enlazan en una suprema aspiración hacia lo alto.

La fuente del vigor espiritual de Ferrini

¿De dónde le nace a Ferrini el vigor de este tono tan admirable en todas las manifestaciones de su vida, desde las actividades del investigador a los riesgos del alpinista?

Contardo no era un temperamento pacífico o bonachón. Su hermano nos dice que era de índole vivaz y muy sincero. «No puedo comprender—exclamaba una amiga íntima de los Ferrini—cómo un muchacho que en su niñez era de una viveza rayana en la malicia, se haya hecho tan amable y condescendiente».

La transformación se produjo, en verdad, temprano; a los doce años. Era ya un muchacho de inteligencia muy despierta que sobresalía entre sus compañeros de estudios y para recibir la Primera Comunión fué cuidadosamente preparado por su tía Sor Benigna, virtuosa religiosa ursulina, muy admirada por el celo con que disponía a las jóvenes que iban a recibir por primera vez el Cuerpo de Cristo. Excepcionalmente, Sor Benigna preparaba también a algún muchacho, y uno de ellos fué su sobrino. Los hechos atestiguan que realizó bien su cometido.